

CAPÍTULO XIX

Elementos de malestar. — La prensa revolucionaria asalariada. — Publicaciones vergonzosas. — ¿Quiénes las protegen? — El protestantismo. — ¿Qué ha hecho en Bogotá? — Las biblias. — ¿Cuál es la religion de los enemigos del catolicismo en Nueva Granada? — Nos referimos á hechos.

No es un pueblo que sacudiendo el yugo de su fe se entrega á los excesos de la apostasía y del libertinaje, ni es un gran número de ciudadanos que poseidos de furor insensato blasfeman de Dios negando su existencia, ni es, en fin, una república que pensó emancipar su conciencia del imperio de la fe, del mismo modo que emancipaba su persona de la autoridad de los soberanos; no es nada de esto ni tienen tampoco esta gravedad los elementos de mal que se agitan en la Nueva Granada. No es un pueblo entero el que se subleva contra la santidad de su religion, el que avanza hasta el santuario y prodiga á sus ministros insultos soeces, el que se burla de la santidad de los misterios y derrama su amarga hiel sobre cuanto hay de santo y venerable en el catolicismo; son unos pocos hombres empeñados en contradecir la voluntad de la nacion

entera; son unos pocos ilusos que quisieran ver marchando al resto de sus compatriotas, sin fe, sin ley y sin autoridades, por una senda erizada de peligros de todo género y donde á cada momento encontrarían la perdicion y la muerte, y son, en fin, unos pocos desgraciados que realizan el programa que otros iniciaron y cuyos capítulos contienen incredulidad, anarquía, licencia y revolucion social completa. Marchando constantes en su triste carrera, encontraron un elemento tan poderoso para causar el bien, puesto en manos idóneas para dirigirlo, como eficaz para producir el mal cuando sirve á las pasiones de los revolucionarios y á los intereses mezquinos de los partidos políticos; y este elemento es la imprenta, que en manos de los rojos y de los liberales gólgotas no ha cesado de combatir los intereses de la Iglesia católica.

En Bogotá especialmente, subvencionada la imprenta por sociedades religiosas disidentes establecidas en el extranjero, emprendió su propaganda publicando sermones de ministros protestantes, biblias heterodojas y otros libros heréticos los unos, é inmorales y calumniosos los otros. Aventureros que salieron de su patria para buscar fortuna en países extraños, llegados á Bogotá pusieron su imprenta al servicio de la mas triste y mas vergonzosa de las empresas, la que produce la apostasía de los ciudadanos, la perversion de sus creencias y el trastorno de la sociedad basada en la religion que profesa la inmensa mayoría de aquellos. De allí salieron las armas para el combate que se libró en la Nueva Granada á los obispos, á los sacerdotes y á todos los buenos católicos, y allí encontraron tambien órgano para hacerse oír todas las

calumnias y todas las imposturas que quisieron esparcirse contra la santa causa de la religion y contra todos sus mas ilustres defensores. Vergüenza da, y mas que vergüenza náuseas leer algunas de esas publicaciones. Quien por ellas juzgue de la república en cuyo seno ven la luz y de los ciudadanos que la habitan, los creará en atraso de tres siglos, tan faltas están de estilo, de crítica, de historia y de todo cuanto contribuye á formar el mérito intrínseco de una obra. Esa imprenta es el eco que esparce en la Nueva Granada las ideas revolucionarias de Europa, y el órgano que trasmite las noticias falsas que contienen las correspondencias europeas copiadas literalmente de los diarios socialistas de Francia y del Piemonte. Intencionalmente se eligen aquellos diarios entre todos los otros, porque sus ideas están en armonía con las de los que las copian, y porque, representantes de la anarquía y de la revolucion europea, sus artículos de fondo, sus revistas y sus correspondencias están escritas todas en sentido tambien anárquico y revolucionario. Miétras tanto, nada les importa que sea verdadero ó falso lo que en ellas se refiere; lo que les interesa es propagar la revolucion, extraviar las opiniones de la multitud y derramar por todas partes el veneno de la incredulidad.

No queremos comprender entre las demas publicaciones una de que hicieron alarde sus editores y recomendaban con pomposos elogios los diarios liberales de la capital y de las provincias. Es un fárrago inmundado reimpresso en Bogotá y en el que, bajo el titulo de *Secreto de Roma*, se insulta de una manera cinica á las

primeras autoridades de la Iglesia católica, se las calumnia y hace aparecer sucumbiendo bajo el peso de su impopularidad y de su propio despotismo. Al contrario, los enemigos del pontificado, los revolucionarios de Roma, sedientos de sangre y de pillaje, los públicos usureros del *Ghetto*, que fueron llamados y con mucha propiedad *aves de rapiña*, y todos los que en alguna ocasion se distinguieron sirviendo de instrumento en las escenas mas vergonzosas que presenció Roma en 1848, todos esos aparecen allí como nobles víctimas, como hombres de carácter abrumados por una injusta persecucion, y como héroes que aguardan un momento favorable para dar á conocer la grandeza de su alma y su valor á toda prueba. Para quien conozca la historia, ese libro no será mas que una serie de anacronismos, donde los sucesos no tienen coordinacion, la verdad se encuentra ultrajada de un modo grosero y los personajes verdaderamente virtuosos, á quienes ni sus enemigos políticos mas encarnizados jamas llamaron inmorales, porque su vida intachable, conocida de todos, desmentiria á los calumniadores, son deprimidos con escándalo de la moral y agravio de la justicia. A quien tenga gusto por la literatura, ese libro causa hastío, tan pesada y molesta hacen su lectura la falta de estilo en la composicion, la falta de hermosura en el lenguaje, la falta de amenidad en la narracion, la falta de invencion en la novela, la falta de originalidad en los pensamientos, la falta de coordinacion en los hechos y, finalmente, la falta de unidad en el cuerpo de la obra. Este libro, desconocido en Francia donde se dice escrito, y desconocido tam-

bien en España donde se supone traducido, ha sido no obstante presentado á los neo-grauadinos como obsequio literario por los que parecen resueltos á no omitir medio para desmoralizar al pueblo, pervirtiendo sus creencias. ¡Qué concepto formarán de la ilustracion del país los extranjeros sensatos, sabiendo que en Bogotá mereció los honores de una reimpression aquella obra bajo todos conceptos despreciable! ¡Qué pensarán de la instruccion y de la moralidad de los hombres que dirigen la prensa, al verlos ocuparse en la propagacion de libros tan inmundos y faltos de mérito como aquel! Afortunadamente, eseritos de esta naturaleza son generalmente rechazados: los literatos los arrojan porque nada encuentran en ellos que les agrade; los sabios hallan la torpe mentira cobijada en cada uno de los hechos, y los hombres sensatos, los que tienen fe, nada ven como no sea un grosero y cobarde ataque á la conciencia religiosa de la nacion. Por el honor de esta, por el de sus ciudadanos ilustrados, tales obras jamas deberian aparecer publicadas por la prensa de las repúblicas hispano-americanas, porque comprometen su reputacion á la vez que acreditan como verdadero el dicho de aquel célebre escritor frances que les arrojaba el borron mas feo, cuando escribia: « Allá son conducidas y se esparcen á millares las producciones mas cónicas de la incredulidad del último siglo y la hez de la indiferencia del nuestro. » Hombres ingratos para quienes la suerte del país que les cobijó y alimentó en su infortunio es artículo de especulacion como otro cualquiera, son los que acometen la triste tarea de jugar con el crédito de la nacion que les dió generosa hospitalidad. Nos

otros, americanos y defensores ardientes de los intereses mas preciosos de la América, no cesaremos de denunciar á la faz del mundo entero este abuso, ni de pedir á las jóvenes repúblicas que por su honor, su decoro y su dignidad se muestren severas para rechazar y condenar á los temerarios que pretenden ajar de esa manera su crédito y dignidad.

Fijando la atencion en estos antecedentes, se creeria que al presentarse el protestantismo en Bogotá hubiesen corrido mil y mil á engrosar las filas de sus adeptos, de tal manera que este enemigo poderoso de la unidad católica se habria presentado osado y soberbio como en Inglaterra y Alemania para combatir á su viejo y perseguido adversario; porque, á la verdad, ningun país se le ofrecia con apariencias tan favorables á sus intenciones como la Nueva Granada. Un gobierno empeñado desde diez años atras en corromper las creencias de los pueblos, en humillar á los ministros de la religion y en propagar doctrinas opuestas al dogma católico; un gobierno que desterraba á los obispos, á la par que concedia abiertamente su proteccion mas decidida á los eclesiásticos que habrian visto sin disgusto introducido el cisma en la Iglesia granadina y cortadas las relaciones de esta república con la Santa Sede romana; las diócesis huérfanas de sus pastores, el clero sin obispos que le dirigiesen y los fieles combatidos por enemigos llenos de poder y de osadía, ofrecian, decimos, al protestantismo la ocasion mas propicia para desarrollar en el territorio granadino su propaganda y le daban derecho para prometerse frutos cuales no habria recogido jamas tan abundantes desde la apostasia de Lutero y el

cisma de Enrique VIII. Un ministro anglicano se presentó primero en Cartagena y despues en Bogotá, y protegido abiertamente por la prensa roja y socialista y por las simpatías de sus directores, dió conferencias que esa misma prensa se apresuró á reproducir, derramando de esta manera el veneno entre sus lectores. Empero, la propaganda no pasó mas adelante; el ministro anglicano encontró frios á los mismos que con sus escritos anticatólicos le habian hecho esperar abundante cosecha. La Sociedad Bíblica de Nueva York que subvencionaba á este ministro, sufragó tambien los gastos de la edicion de diferentes obras destinadas á fomentar la propaganda iniciada; numerosos ejemplares del Antiguo y del Nuevo Testamento fueron introducidos en la Nueva Granada, pero, á pesar de todo eso, decimos, el protestantismo no ha hecho grandes conquistas. Si algunos católicos abandonaron su fe vergonzosamente, no fueron por eso á buscar virtudes ni creencias al seno de la reforma de Lutero, ni abandonaron una religion para abrazar otra. Si el ministro protestante hubiese presentado novelas inmorales en lugar de biblias, ó su predicacion hubiese enseñado el ateísmo práctico y la licencia en vez de una religion nueva, habria encontrado los adeptos que no tuvo enseñando la libertad de pensar y la rebelion contra el jefe visible de la Iglesia. Las biblias han quedado en Honda, donde yo mismo vi un número considerable de cajas que las contenian, y en Bogotá, donde, si se distribuyeron con profusion, los que las recibian en todo pensaron ménos que en *consolarse con la lectura de aquellos libros* que les era fastidiosa y molesta. Los que

están familiarizados con las obras de Dumas, Süe, Jorje Sand, lord Byron y otras semejantes, no leerán jamas las Santas Escrituras con placer, ni alimentarán en su alma la fe ni las creencias religiosas. La religion que ellos llaman natural, la elevacion de la materia sobre el espíritu, el embrutecimiento de este, el desenfreno de todas las pasiones y, en fin, cuanto pueda contribuir á hacerles cómoda y lisonjera su permanencia en este mundo, será su dogma, su creencia y su religion. ¡Ved ahí el fruto del materialismo y de la religion de los sentidos!

Mil veces nos han dicho hombres cuyas opiniones no pueden ser sospechosas á los modernos reformadores, « que todos cuantos aspiraron á producir variaciones en el sistema religioso introdujeron en la sociedad un semillero de males y formaron una generacion impía en vez de hombres creyentes; que la independenciam y soberanía de la razon individual que han proclamado todos los sectarios despues de Lutero, han hecho aparecer una raza de hombres orgullosos, soberbios, egoístas, duros de corazon é insensibles á los males ajenos; que donde quiera que llegaron á triunfar las ideas de la reforma religiosa desapareció la sólida piedad que inspira la doctrina del Evangelio, se enfrió el fervor religioso hasta petrificarse y todo ese ardor que inspira en las almas la doctrina de Aquel que decia haber venido á inflamar la tierra y que nada deseaba sino llenar su mision, quedó convertido en aridez y apatía vergonzosa. » Mas, á pesar de todo esto, ¡hay tantos que se empeñan en hacer prevalecer el mal sobre el bien y que trabajan incesantemente por impulsar á los hombres que creen por ese camino que los extravía de la

verdad para precipitarlos en el error! Pero no se crea que practican estos religion alguna, ni que cuando aconsejan el protestantismo tienen fe en sus principios, ni están persuadidos de la pureza de su origen; no, y mil veces no: tienen en la verdad de la reforma de Lutero tanta fe como en la religion de los Bracmas, y dedicarán tanto tiempo á leer la Biblia como el que han de invertir en meditar el Alcoran de Mahoma, ó en hacer las abluciones que este manda á sus creyentes. Religion de dinero, religion de placeres, religion de ventajas terrenas, hé ahí la que profesan. « Nada saben en materia de fe, ántes bien vacilan sobre todas las cuestiones que tratan de esta, hombres de entendimiento extraviado y privados de la verdad, creen que la fe es granjería. » — « Explican la gracia del Señor segun la lujuria de sus pasiones, desconocen, desprecian y burlan la majestad y el imperio de Jesucristo del mismo modo que blasfeman todo lo que ignoran. Siguiendo el camino de Cain, ofuscados por sus tinieblas, perecerán en sus contradicciones; apacentando sus brutales apetidos, llevando sin temor una vida disoluta, semejantes á las nubes estériles que el viento mueve, á los árboles que florecen en otoño y pierden en el invierno su hermosura sin jamas dar fruto, y á las espumas del mar que cubren la tierra sin hacerla fecunda, así estos correrán errando sin tener jamas fijeza, hasta que los sepulte en sus tinieblas la tempestad eterna (1). » Si una religion semejante puede tener atractivos para cualquiera, si hay conciencia que tranquilamente afirme que estas máximas están en

(1) S. Pablo, *Carta IV á Timoteo*, cap. vi, y *Católica de S. Judas*, cap. 1.

armonía con sus convicciones, desde luego ni un instante vacilaremos en decir que ese hombre ha perdido la razon, que su alma se halla ofuscada, y que su entendimiento, sumido en el fango de la tierra, ni ve ni percibe nada que no sea material ó pertenezca á la materia. Pero nosotros que elevando los ojos recordamos el inmortal destino que aguarda al hombre, que creemos que no es el juguete de la veleidad de las cosas terrenas, y esperamos para la imagen de Dios una suerte diferente de la que tendrán las bestias de la tierra; nosotros, decimos, creemos tambien que todos aquellos trastornan el orden social, contradicen los designios de la Providencia y arrebatan en cuánto está de su parte su mas hermoso porvenir al hombre cristiano.

Sin embargo, aquellas ideas cunden y se propagan desde que existen en la Nueva Granada establecimientos de educacion, donde las prácticas del catolicismo están prohibidas expresamente y condenado como idolatria el culto de los santos. Nos referimos á hechos que lamentaron en sus pastorales los obispos, y á hechos que lamenta todo católico granadino. Los que simpatizan con los que de este modo corrompen la moral, los que envían sus hijos á recibir lecciones de los que adoran al dios Mammona, ¡ojalá no sufran algun dia los primeros las consecuencias de su extravío!

